

Ejemplo de los judíos incrédulos al Señor.

El que por haber sido más honrado por Dios que los demás, cree que por eso ha de escapar del castigo que merezca, hace poco más o menos como si uno de aquellos judíos incrédulos, oyendo decir a Cristo: “Si no hubiera yo venido, y les hubiera hablado, no tendrían pecado; y si no hubiera hecho entre ellos milagros como ningún otro hizo, no tendrían pecado”, le replicara en son de acusación al Salvador y Bienhechor: “¿Pues por qué viniste y nos has hablado? ¿Por qué hiciste milagros para castigarnos más?” Palabras serían éstas de locura y frenesí extremo. No vino el médico para condenarte, sino para curarte; no vino para desatenderte en tu enfermedad, sino para curarte perfectamente de ella. Tú fuiste el que voluntariamente te sustrajiste de sus manos, y mereces, por tanto, mayor castigo. Porque así como de haberte sometido a su tratamiento, te hubieras purificado aun de tus anteriores pecados; así ahora, por haber huido cuando se te acercaba, no podrás ya purificarte de ellos, y encima se te castigará por el nuevo pecado de desprecio de su gracia. Y, pues en lo que de ti dependió, hiciste que saliera vano y fallido todo el empeño que El puso en tu salvación, honrándote con esa dignidad, no será ya igual el castigo que recibirás después de haber sido honrado por Dios, sino mucho más grave tras la honra, que si no hubieras recibido ninguna; porque justo es que quien ni a fuerza de beneficios se hizo bueno, sea con más rigor castigado, que quien no fue, sobre malo, ingrato.

Ya ves, pues, cómo se nos desmorona esta defensa, y si a ella nos acogemos, antes nos traiciona que nos defiende. Así, habrá que procurarse otro medio de seguridad.

Basilio.— ¿Y dónde —me dijo Basilio— lo podemos encontrar? Porque yo por mi parte, apenas puedo sostenerme en mí mismo de temor y temblor que me han infundido tus palabras.

Crisóstomo.— No te abatas —le contesté—, no te abatas hasta ese grado, te ruego y suplico; pues hay, en efecto, hay una seguridad: Para nosotros, los débiles, la de no meternos jamás en eso; para vosotros, los fuertes, que, después de la gracia de Dios, en ninguna otra cosa pongáis la esperanza de vuestra salvación, sino en no hacer nada indigno de este soberano don y de Dios que os lo concedió. Dignos, en efecto, serían de grandísimo castigo los que después de haber puesto todo su empeño en alcanzar esta dignidad, luego, por desidia, por maldad o impericia, desempeñarán mal este ministerio.

No hay excusa para el que acepta sin ser digno.

Aunque, por lo demás, tampoco les queda escapatoria no excusa a los que no se la procuraron, por el hecho mismo de no procurársela. Porque yo creo, que aunque sean infinitos los que nos llamen y nos fuercen, no es a ellos a quienes hay que mirar, sino a la propia alma. Esta es la que hay que examinar y contrastar antes que nada, y una vez bien mirado y considerado todo, entonces ceder a los que nos hacen fuerza. Vaya un ejemplo. Si uno no es arquitecto, no tendrá descaro para dar palabra de construir una casa; y si no es médico, no será osado de poner las manos sobre un cuerpo enfermo. En uno y otro caso, por muchos que sean los que quieran empujarle, se negará rotundamente y no se avergonzará de confesar su ignorancia. Pues tratándose de tantas almas que van a encomendársele, ¿no se examinará el hombre antes a sí mismo, sino que con toda su ineptitud aceptará el ministerio de ellas, sólo porque lo manda fulano o se empeña zutano o por no ofender a mengano? Mas ¿no ve que se está voluntariamente arrojando con ellos a un precipicio? Pudiera el hombre salvarse a sí mismo, y ahora se va a perder él y con él los demás. ¿De dónde, en efecto, van a esperar salvación? ¿De dónde esperar el perdón? ¿Quién intercederá por nosotros? ¿Acaso los mismos que ahora nos obligan y nos llevan a fuerza de brazos? ¿Y quién los salvará a ellos en aquel trance? Porque sin duda son ellos los que necesitan de otros para huir del fuego eterno. Y que no te digo todo esto por ganas que tenga yo de meterte miedo, oye cómo lo mismo dice San Pablo a su discípulo Timoteo, hijo suyo legítimo y querido: “No impongas a nadie —le dice— las manos a la ligera, ni te hagas partícipe de pecados ajenos” (I Tim., 5, 22). ¿Has visto ahora, no diré de qué gran reproche, sino de cuán grande castigo libré yo, en cuando de mí dependía, a los que querían llevarme al sacerdocio?

Responsabilidad de los que eligen a un desconocido.

Porque a la manera que a los elegidos no les excusa decir: “No vine yo sin que me llamaran y no hui por no saber de antemano de qué se trataba”, así a los que ordenan al sacerdote de nada puede aprovecharles alegar que no conocían al que eligieron, sino ello acrece su culpa, y al confesar que introdujeron en la Iglesia un desconoci-

do, por su boca se condenan. Allá cuando se compra un esclavo, se le hace reconocer muy bien por el médico, se buscan fiadores de la venta, se pregunta a los vecinos y aun con todo esto no están tranquilos, sino que piden largos plazos de prueba. Pues, ¿no será absurdo que tratándose de inscribirle a uno en tal alto servicio, se le elija al buen tuntún y sin más averiguación, sólo porque a fulanito le plugo dar un testimonio en favor o disfavor de otros? Así, pues, ¿quién abogará entonces por nosotros, si los mismos que debieran abogar necesitan también de abogados? En resolución, que si grande es la pesquisa que debe hacer el que ordena al sacerdote, mayor todavía tiene que hacerla el propio ordenado. Cierto que tendrá por compañeros de castigo en todo lo que pecare a los que le eligieron; mas no por eso dejará él de ser castigado, y más que los otros.

Pruébese el hombre a sí mismo.

A no ser que los electores obraran por motivos humanos contra la propia evidencia. Porque si, en efecto, se hacen reos de este crimen y a sabiendas introducen en la Iglesia a un indigno por cualquier respeto humano, entonces los castigos correrían por igual a electores y elegidos, y aun tal vez mayor para el que elige a un indigno que para este mismo. Porque si uno quiere corromper la Iglesia y otro le concede poder para hacerlo, el verdadero culpable de todos los desafueros que aquel cometa es éste que le dio poder de cometerlos. Mas pongamos por caso que el lector no tuvo esas intenciones, sino que dice le engañó la opinión del vulgo sobre el sujeto elegido; tampoco entonces podrá quedar impune en su conducta, si bien su castigo será menor que el del elegido. ¿Por qué esto? Porque natural es que los electores puedan ser engañados por falsa opinión que corra, y vengan así a ordenar a un indigno; mas el propio ordenado jamás podrá alegar que no se conocía a sí mismo, como, en efecto, no le conocían los demás. En consecuencia, cuando al ordenado le amenaza mayor castigo, si fuere indigno, que a los que le ordenan, tanto debe él por su cuenta examinarse y probarse más cuidadosamente. Y si por ignorancia quisieran arrastrarle, acérqueseles él y explíqueles exactamente los motivos que tiene para que salgan de su engaño, y de este modo, haciéndoles ver que no es digno de que se le apruebe para el sacerdocio, no cargue sobre sí el peso de tan grandes negocios. ¿Por qué crees que

tratándose de asuntos de milicia, comercio, agricultura o cualquier otro negocio secular ni el labrador se metería a navegante ni el soldado a labrar la tierra ni el marino a mandar el ejército, por más que se les amenazara con la muerte? ¿No es evidente que la razón está en que cualquiera de ellos prevé el peligro que había de seguirse de su impericia en cada caso? Pues ya, si donde al fin y al cabo el daño no había de ser muy grande, como quiera que no es eterno, de tanta cautela y previsión se usa; tratándose del sacerdocio cuyo desempeño indigno acarrea castigo eterno, ¿nos arrojaremos sin más ni más a tan grande peligro, sólo porque nos fuerzan los demás? Mas no nos lo tolerará el que entonces nos ha de juzgar. Pues mayor cautela y seguridad había que haber puesto en lo espiritual que en lo temporal, y aquí no la pusimos ni igual siguiera. Si sospechamos o nos imaginamos de uno que es arquitecto, sin serlo, y con esa imaginación le llamamos para que nos construya la casa y el hombre muy tranquilo acepta nuestra invitación; pero llega luego y pone manos a la obra y nos destruye la madera, las piedras, y demás materiales de construcción, o nos construye una casa que se derrumba antes de terminada, ¿le bastaría a este buen hombre con excusarse diciendo que fueron otros quienes le obligaron a poner manos a la obra y no fue él quien vino por su cuenta? ¡De ninguna manera! Con sobrada razón rechazaríamos semejante excusa, pues en todo caso, aunque otros le llamaran, debía él haberse negado. Pues a lo que voy. Si al que destruye piedras y maderas no le excusa de castigo el hecho de que otros le llamen, ¿crees tú que al que pierde las almas o las desedifica le bastará con alegar la violencia que se le hizo para escapar con eso del castigo? ¿Habría más grande necesidad que ésta? Y prescindo ahora de que a quien no quiere, nadie podrá forzarle. Mas demos que sí, que sufrió un formidable combate y se le atacó con todas las máquinas y pertrechos hasta derribarle. ¿Es que esto le eximirá de castigo? ¡Por Dios, amigo mío! No nos queramos engañar a nosotros mismos hasta tal punto, ni finjamos ignorar lo que sería evidente para los mismos niños. No, cierto, esta afectación nuestra de ignorancia no ha de sernos de provecho el día de las cuentas. ¡No fuiste tú quien te empeñaste en alcanzar esta dignidad, pues tenían conciencia de tu flaqueza! Hiciste muy bien en ello. Ahora bien, si esa conciencia tenías, debiste igualmente rechazarla, aun cuando fueran otros quienes te lo ofrecieron. ¿O es que vas a hacernos creer que mientras nadie te llamaba a eso, eras en efecto débil e inepto, y una vez que se presentaron quienes iban a concederte ese honor, te

volviste fuerte por arte de magia? Eso serían ganas de reír y hacer el tonto y digno, por ende, de máximo castigo.

Por eso mismo nos exhorta el Señor (Luc., 14, 28) que si vamos a edificar una torre, no echemos los cimientos antes de calcular los fondos de que se dispone, no sea que demos luego materia de risa a todo el que pase por delante. Y aun en el caso de la torre, el daño no va más allá de más o menos burla que nos hagan; mas en el del sacerdote, el castigo es el fuego eterno, y el gusano que no muere, y el rechinar de dientes, y las tinieblas exteriores, y el ser partido por medio, y ser contado entre los hipócritas.

La Iglesia cuerpo de Cristo.

Pero nada de todo eso quieren considerar mis acusadores, pues de tenerlo en cuenta, dejarían de una vez de recriminar al que no quiso perderse sin motivo. Porque no estamos ahora discutiendo sobre la administración del trigo o la cebada, de los bueyes o de las ovejas, ni de negocio alguno semejante, sino sobre el mismo cuerpo de Jesús, pues la Iglesia, según palabra de San Pablo (Col. I, 18), es el cuerpo de Cristo, y aquel a quien este cuerpo se le confía ha cuidar extremadamente de su buena salud y procurarle la mayor hermosura. Ha de vigilar en todo y por todo para que ni mancha ni arruga ni tacha alguna semejante menoscabe aquella flor de hermosura y vigor. ¿Y qué otra cosa puede pretender el sacerdote sino que ese cuerpo se presente, en cuanto cabe en humana flaqueza, digno de aquella divina Cabeza, inmortal y bienaventurada, a que está unido? Allá los que cuidan de la salud de los atletas, se valen de médicos y de entrenadores, pónenles régimen muy severo, ejercítanlos a la continua y los someten a infinitas observancias más, puesto que el más ligero descuido lo trastorna y echa todo a perder. Ahora bien, los que tienen cargo de cuidar de este cuerpo, cuyos combates no han de ser contra otros cuerpos, sino contra las potestades invisibles, ¿cómo le podrán conservar íntegro y sano, si ellos no sobrepasan en mucho la humana virtud y no conocen la cura que cada alma necesita?

La palabra divina, medicina general de las almas.

¿Acaso ignoras que este místico cuerpo está sujeto a más enfermedades y percances que nuestra carne, y que se corrompe más aprisa y se cura más despacio? Y hay más: Los que curan estos cuerpos nuestros han inventado muchedumbre de remedios, disponen de variedad de instrumentos y conocen los diversos alimentos, que a los enfermos convienen; muchas veces el cambio de aire basta por sí sólo para curar al enfermo, o bien un sueño oportuno le ahorra al médico todo su trabajo. Mas en la cura de las almas, no hay que pensar en nada de eso; sino que, aparte del ejemplo, no hay otro remedio ni camino de salud sino la enseñanza por medio de las palabras. Este es el instrumento, este el alimento, este el mejor cambio y temple de aires. Esta hace veces de medicina, ésta es nuestro fuego; ésta nuestro hierro. De la palabra hay que valerse siempre que hace falta quemar o cortar. Si este remedio no hay, todos los demás son inútiles. Con ella levantamos al alma caída, desinflamos la hinchada, cortamos lo superfluo, suplimos lo defectuoso y realizamos, en fin, toda operación conveniente para la salud de las almas. Ciertamente que una vida santa puede engendrar en otros el deseo de vivir santamente; mas si el alma sufre la enfermedad de los dogmas espurios, entonces no hay como la palabra, no ya sólo para la seguridad de los domésticos, sino también para combatir a los extraños.

La palabra suple a los milagros.

Porque si hubiera alguien que así empuñara la espada del espíritu y embarazara el escudo de la fe, que llegara a hacer milagros, y por medio de prodigios lograra tapar la boca de los que hablan desvergonzadamente, ése ninguna necesidad tendría de buscar el auxilio de la palabra; o mejor dicho, ni aun en ese caso, sería de suyo inútil la palabra, sino altamente necesaria. La prueba es que San Pablo, aun admirado por todas partes como obrador de milagros, no por eso dejó de manejar la palabra. Y otro del mismo sacro coro apostólico nos exhorta a que atendamos a la fuerza y virtud de la palabra, diciendo: “Estad apercebidos para la defensa ante cualquiera que os pidiere razón de vuestra esperanza” (I Petr., 3, 15). Y los apóstoles todos no por otro motivo encomendaron en la ocasión que sabemos (Act., 6, 2)

a Esteban y sus compañeros el cuidado de las viudas, sino para dedicarse ellos más holgadamente al ministerio de la palabra. Aunque, naturalmente, de tener nosotros poder de hacer milagros, no sería ya el mismo el modo como buscaríamos la ayuda de la palabra. Mas la realidad es que de semejante poder no nos queda ni rastro; y como, por otra parte, los enemigos nos atacan por todas partes y sin tregua, no tenemos otro remedio que fortificarnos con la palabra divina, no sólo si queremos no ser alcanzados con los dardos de nuestros enemigos, sino también disparar nosotros certeramente contra ellos. Por lo cual, grande empeño hemos de poner para que la palabra de Cristo habite en nosotros copiosamente.

El sacerdote ha de estar diestro para todo género de guerra.

Porque nuestro apresto de guerra no ha de limitarse a un solo género de combates, sino que hemos de entrar en una guerra variadísima y luchar contra enemigos muy diversos, que ni usan todos de unas mismas armas, ni siguen una misma táctica de combate. Ahora bien, el que contra todos tiene que entablar batalla es preciso que conozca las artes de guerra de todos, y ha de ser juntamente arquero y hondero, capitán y cabo, soldado y general, infante y de a caballo, marino y sitiador. en las guerras ordinarias, cada soldado recibe una misión concreta para cumplir y allí se defiende de los que le atacan; mas aquí no es así. El que quiera vencer tiene que conocer todas las estratagemas del enemigo, pues de otro modo sabe el diablo, por aquel solo portillo que halle descuidado, introducir sus salteadores y arrebatar el rebaño; cosa que no intentará si se da cuenta de que el pastor está dotado de toda ciencia y le sigue en todas sus tretas y maniobras. Por lo tanto, es menester armarnos de punta en blanco, sin dejar parte descuidada. Una ciudad bien amurallada por todas partes puede reírse tranquilamente de sus sitiadores, segura de sus murallas; mas si se abre un solo portillo, siquiera sólo sea del tamaño como una ventana, de nada le sirve ya el resto de la muralla, por más que todo él permanezca intacto. Lo mismo ocurre en la ciudad de Dios. Mientras la inteligencia y prudencia del pastor la rodea por todas partes como de una muralla, todas las máquinas y pertrechos del enemigo terminan en burla e irrisión, y los habitantes de la ciudad siguen indemnes; mas apenas el enemigo logra derribar una parte del muro, no hace falta más: por la parte, digámoslo así, se viene a perder el todo.

Descríbese la variedad de los enemigos.

¿De qué sirve, en efecto, combatir victoriosamente a los paganos, si saquean la ciudad de Dios los judíos? ¿Y qué adelantamos con vencer a judíos y paganos, si nos entran a saco los maniqueos? Y aun éstos superados, pueden degollarnos el rebaño los que introducen el hado. Mas ¿a qué nombrar una por una todas las herejías del diablo? Lo cierto es que si el pastor no sabe refutarlas todas, por una sola puede el lobo devorarle la mayor de sus ovejas. Y hay otra coas: cuando luchan soldados, la victoria o la derrota hay que esperarla del número de los que se mantienen firmes en la lucha; mas en nuestra guerra pasa todo lo contrario. Muchos, en efecto, que ni salieron a combate ni sufrieron la menor fatiga en la guerra, sino que se estuvieron tranquilamente sentados, salieron vencedores en la lucha contra los demás; otros en cambio, que salieron a esta lucha sin gran experiencia, vinieron a atravesarse con su propia espada y se hicieron objeto de irrisión para amigos y enemigos. Voy a aclararte con un ejemplo lo que te digo” Los que siguen la aberración de Valentín y de Marción y los que sufren locura semejante a ésta, quieren borrar del catálogo de las Escrituras divinas la Ley dada por Dios a Moisés; los judíos, en cambio, la estiman hasta tal punto que, a despecho de los tiempos y contra el beneplácito divino, se empeñan en observarla íntegramente. Mas la Iglesia de Dios, sorteando por igual los escollos de ambas exageraciones, va por una vía media, y así ni nos obliga a someternos al yugo de la antigua Ley, ni consiente que se la infame, sino que, aun caducada, la alaba por haber sido útil a su tiempo. Ahora bien, el que contra ambos extremos tiene que luchar ha de saber mantenerse en este mismo equilibrio y moderación. Porque si queriendo persuadir a los judíos que no es este tiempo de seguir atados a la antigua Ley, la combate sin miramiento, dará un buen asidero a los herejes que quieren vituperarla; y al revés, si por rebatirlos a éstos la exalta fuera de tono y la presenta como obligatoria aun en tiempo de la Ley de gracia, dará la razón a los judíos. Otro ejemplo. Los que padecen la locura de Sabelio y la rabia de Arrio, unos y otros se desvían de la sana fe por extremados. Ciertamente que aun conservan el nombre de cristianos, mas si se examinan sus doctrinas, se verá que los unos, fuera del nombre, no son mucho mejores que los judíos, y los otros no andan muy lejos de la herejía de Pablo de Samosata, y que unos y otros están fuera de la verdad. Así, pues, también aquí se

corre grave riesgo y hay que andar por camino estrecho y angosto, con precipicios a uno y otro lado, y muy de temer es que en este combate, queriendo herir al uno, nos hiera el otro. Porque si decimos que no hay una sola divinidad, Sabelio querrá al momento llevar a la fuerza nuestra afirmación hacia su propia aberración; si, por otra parte, distinguimos y decimos que es uno el Padre y otro el Hijo y otro el Espíritu Santo, se levanta Arrio y querrá convertir en diversidad de naturaleza lo que es distinción de personas. La verdad es que lo mismo hay que rechazar y huir la impía confusión del primero, que la loca división del otro, confesando nosotros una sola divinidad, del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, pero añadiendo las tres Hipóstasis o Personas, y así podemos rechazar por igual los ataques de los dos herejes.

Y así por el estilo pudiera enumerarte infinitos otros encuentros de los que se retirará el luchador acribillado de heridas, si no sabe combatir con valor y destreza.

Luchas en la propia casa.

¿Y quién podrá contar las rencillas de los de nuestra propia casa? Los ataques que de aquí vienen no son menores que los de fuera y aun es mayor la molestia que ocasionan al que tiene oficio de enseñar. Porque los unos, de puro curiosos, pretenden temerariamente averiguar aquellas cosas que ni es posible saber ni se saca provecho ninguno de saberlas; otros le piden cuentas a Dios de sus juicios y se empeñan en medir su abismo infinito. “Porque sus juicios —dice la Escritura— son un grande abismo” (Ps., 35, 7). Y no hallarás muchos que se preocupen de la fe y de la conducta, sino que la mayor parte no quieren sino cavilar y curiosear sobre cosas que no han de averiguar y cuya mera inquisición irrita a Dios. Porque, claro está que si nos empeñamos en saber lo que Dios quiso que no supiéramos, en primer lugar, no lograremos saberlo (pues, ¿cómo pudiera ello ser contra la voluntad de Dios?), y por añadidura, nos ponemos en peligro inquiriéndolo. Mas a pesar de todo y por muy claras que sean estas cosas, cuando uno quiere con autoridad cerrar la boca a los que escudriñan, estos misterios, se le tacha de soberbio y de ignorante. Por eso, también aquí necesita el prelado usar de exquisita prudencia para apartar a los fieles de esas absurdas inquisiciones y no incurrir por su parte en

las acusaciones susodichas. Ahora bien, para todo este cúmulo de males ningún otro remedio se nos da sino la ayuda de la palabra, y si el sacerdote no posee esta fuerza de la palabra, las almas de sus encomendados, sobre todo de los débiles y curiosos, vendrán a ser como naves en continua tormenta. Por eso el sacerdote no debe omitir esfuerzo alguno para adquirir esa fuerza y virtud.

Objeción: San Pablo no fue orador.

Basilio.— Siendo esto así, ¿cómo se explica que Pablo no puso empeño ninguno en adquirir esa virtud, y no sólo no oculta su pobreza de palabra, sino que paladinamente declara que es lego en la materia y esto nada menos que escribiendo a los Corintios (2 Cor., 11, 6), famosos por su elocuencia y orgullosos de ella?

San Pablo tuvo algo superior a toda elocuencia.

Crisóstomo.— Eso, eso es lo que perdió a muchos y los hizo perezosos para la verdadera manera de enseñar. Porque no alcanzando a penetrar exactamente la profundidad de los pensamientos del Apóstol, ni a comprender el sentido de sus palabras, se han pasado la vida dormitando y embobados, haciendo gala de una ignorancia que no es, ciertamente, la que Pablo reclama para sí, sino otra muy distinta de la que está aquel tan lejos, como puede estarlo nadie bajo el sol. Mas de esto trataremos en otra ocasión; vengamos ahora al otro punto. Demos que fuera un lego en la materia que éstos dicen. ¿Qué tendrá eso que ver con los hombrecillos de ahora? ¡Qué no era de palabra elocuente! Mas él tenía una virtud muy superior a la palabra y capaz de obtener mayores éxitos, pues con sólo presentarse, sin decir una palabra, aterraba a los demonios; mas nuestros hombres de ahora, aun juntándose todos, aun con mil oraciones y lágrimas, no serían capaces de hacer lo que hizo el solo ceñidor de Pablo en cierta ocasión (Act., 19, 12). Además, Pablo resucitaba a los muertos con su oración y hacía otros prodigios tales, que llegó a ser considerado como dios por los paganos, y aun antes de salir de esta vida fue digno de ser arrebatado al tercer cielo, y que se le comunicaron palabras que al hombre no le es lícito escuchar. Mas los de ahora... No digamos nada desagradable ni

pesado, pues no estoy ahora hablando con ánimo de insultarlos, sino más bien admirado de cómo no tiemblan de compararse con un hombre de esta talla.

La vida de Pablo, superior a toda elocuencia.

Mas si dejando a un lado sus milagros pasamos a considerar la vida de este bienaventurado y examinamos su conducta angélica, verás que en esta parte y con más ventaja que en los milagros, sale vencedor sobre todos este luchador de Cristo. Porque, ¿quién podrá explicar su celo, su modestia, sus continuos peligros, su solicitud constante, sus tristezas, nunca interrumpidas, por la Iglesia, su compasión con los enfermos, sus muchas tribulaciones, sus persecuciones siempre nuevas, sus muertes de cada día? ¿Qué lugar de la tierra, qué continente, qué mar no supo de los combates de este bienaventurado? Hasta la tierra inhabitada le conoció, pues muchas veces le dio acogimiento en sus peligros. El conoció todo género de acechanzas y alcanzó todo género de victorias. Ni de luchar ni de vencer cesó jamás. Mas no sé qué me ha inducido a mí a injuriar a este varón maravilloso. Injuriarle, digo, porque sus méritos sobrepasan todo discurso, y el mío en tanto grado cuanto los elocuentes oradores sobrepasan mi impericia en el hablar. Sin embargo, pues él no ha de juzgarme por el éxito que yo obtenga, sino por mi deseo de ensalzarle, no quiero desistir de mi intento hasta decir aquello que en tanto grado supera todo lo hasta aquí dicho, cuanto el mismo Pablo superaba a los demás hombres. ¿Y qué cosa es ésa? Pues que después de tantos méritos, después de tantas coronas de victoria, aun pedía ir al infierno y sufrir tormentos eternos, a trueque de salvar y ganar para Jesucristo a aquellos mismos judíos que muchas veces le apedrearon e hicieron cuanto estuvo de su parte para quitarle la vida. ¿quién amó a Jesucristo hasta tal grado? Si es que a esto se le puede ya llamar amor y no algo que esté por encima del mismo amor. ¿Y pretenderemos todavía parangonarnos con él, después que recibió tan grande gracia de arriba y mostró tan grande virtud de su propia cosecha? ¿Puede darse mayor audacia que comparación semejante?

Pablo, vulgar en la elocución, pero no en el conocimiento.

Pero hay más todavía. Ahora voy a intentar demostrarte que tampoco fue Pablo un ignorante en el sentido que estos holgazanes creen. Estos, en efecto, llaman ignorantes y vulgar —y en esto tienen razón— no sólo al que no se ejercitó en las letras profanas, sino también al que no sabe defender los dogmas de la verdad. Ahora bien, Pablo ni dice que él sea ignorante y lego en ambos aspectos, sino en uno de ellos; y para dejar esto bien asentado, él mismo hace muy justamente la distinción, diciendo que era lego en el hablar, pero no en el conocimiento. Porque si yo exigiera la suavidad de Isócrates, la majestad de Demóstenes, la gravedad de Tucídides y la sublimidad de Platón, tendría razón de ser alegar este testimonio de Pablo; pero todo eso lo dejo a un lado y nada se me da del superfluo adorno de los escritores profanos y ni de su dicción y períodos. Muy bien que la expresión sea pobre, la sintaxis corriente y sencilla; lo que no se consiente a nadie es ser lego en el exacto conocimiento de los dogmas. Que nadie pretenda, para cubrir su propia pereza, arrebatarle al Apóstol lo que es su máxima excelencia y la cúspide de su gloria.

Efectos maravillosos de la elocuencia de San Pablo.

Y si no, dice: ¿De dónde le vino confundir a los judíos de Damasco, cuando aun no había empezado a hacer milagros? ¿De dónde el derrotar completamente a los helenistas? ¿Por qué tuvo que ser enviado a Tarso, sino porque a todos vencía con su palabras y los acorraló hasta tal punto que se exasperaron hasta odiarle de muerte por no poder sufrir la derrota? Y no habiendo hasta entonces obrado prodigio ninguno, nadie puede decir que el pueblo le admirara por su poder de hacer milagros y que por ese prestigio fueran derrotados sus enemigos. No, sus victorias las debió únicamente a su palabra. ¿Y con qué otras armas combatía en sus disputas contra los judaizantes de Antioquía? Y aquel famoso Areopagita, de aquella supersticiosísima ciudad de Atenas, ¿por qué otro motivo que el de su público discurso le siguió juntamente con su mujer? ¿Por qué se cayó Eútico de la ventana, sino porque se estuvo oyendo su enseñanza hasta altas horas de la noche? Pues, ¿quién dirá lo que hizo Pablo en Tesalónica y en Corinto y en Efeso y en la misma Roma? ¿Acaso no se pasaba días y

noches enteras explicando sin interrupción las Escrituras? ¿Y qué decir de sus disputas con epicúreos y estoicos? Si, en efecto, quisiéramos enumerarlo todo, alargaríamos desmesuradamente el discurso. Concluyamos, pues, que tanto antes de los milagros, como en los mismos milagros Pablo hizo uso copioso de la palabra. ¿Cómo, pues, habrá quien se atreva a llamar lego en el arte de hablar a quien por su elocuencia fue la admiración de todo el mundo? ¿Por qué, si no, los licaonios le tomaron por Hermes? Porque el hecho de que a ambos misioneros, Pablo y Bernabé, los tomaran por dioses, claro está que se debió a sus milagros; pero que a Pablo se le creyera precisamente Hermes, no pudo ser sino por su elocuencia.

Las cartas de San Pablo.

¿En qué otra cosa aventajó este bienaventurado apóstol a todos los demás apóstoles? ¿De qué procede que ande en boca de todos por todo lo descubierto de la tierra? ¿De qué viene que sea sobre todos admirados no sólo entre nosotros, sino aun entre los judíos y paganos? No hay duda que a sus cartas deba esa gloria. Tal virtud tienen esas cartas, que por ellas no sólo aprovechó Pablo a los fieles de su tiempo, sino a los que después vinieron, como ha de seguir aprovechando a los que están por venir hasta el último día en que aparecerá Cristo; en una palabra, mientras durare el género humano no dejarán de aprovechar a los hombres las cartas de Pablo. Los escritos de Pablo defienden a las Iglesias esparcidas por toda la tierra, como una muralla fabricada de puro diamante, y él mismo está aún ahora en medio de ellas como un nobilísimo campeón, cautivando todo pensamiento en la obediencia de Cristo y destruyendo todos los razonamientos y todo engreimiento que se alza contra el conocimiento de Dios. Y todo esto lo hace por medio de aquellas cartas que nos dejó, admirables y llenas de divina sabiduría. Esos escritos, no sólo sirven para la refutación de las doctrinas espurias y confirmación de las legítimas, sino que contribuyen en no pequeña medida a la perfección de nuestra vida. Pues tomando aun ahora los prelados de la Iglesia, por instrumento esas mismas cartas del Apóstol, con su doctrina componen y modelan y adornan de espiritual hermosura a aquella casta virgen que él desposó con Cristo. Con ellas la curan de las enfermedades que la atacan, y la conservan en salud, cuando está sana. ¡Tales remedios

nos dejó un hombre ignorante, remedios de tal virtud cual muy bien conocen los que los han probado!

San Pablo mismo manda este estudio.

Todo lo dicho prueba el empeño que Pablo mismo ponía en este punto de que tratamos. Pero además, hay que escuchar lo que dice escribiendo a su discípulo Timoteo: “Atiende a la lectura, a la exhortación, a la enseñanza”. Y luego añade el fruto de ello, diciendo: “Porque haciéndolo así, te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan” (I Tim., 4, 13). Y otra vez: “El siervo de Dios no ha de contender, sino ser manso para con todos, dócil, paciente” (II Tim., 4, 13). Y un poco más adelante añade: “Mas tú permanece en lo que aprendiste y te fue confiado, sabiendo de quién lo aprendiste y cómo desde niño conoces las sagradas Letras, las cuales pueden hacerte sabio para la salvación” (Ib., 3, 14-15). Y de nuevo: “Toda la Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para instruir en la justicia, a fin de que sea perfecto el hombre de Dios” (Ib., v. 16). Escucha también lo que añade el Apóstol, hablando con Tito, sobre la constitución de los obispos: “Es necesario —dice— que el obispo abrace la palabra fiel conforme a la doctrina, a fin de que pueda argüir aun a los que contradicen” (Tit., 1, 9). ¿Cómo, pues, podrá argüir y tapar la boca a los que contradicen, si es un ignorante, como éstos dicen? ¿Y qué necesidad habría de entregarse a la lectura y estudio de las Escrituras, si hay que abrazar esta ignorancia? Mas todo esto no son sino pretextos y excusas, y capas con que tapar la propia pereza y desidia.

Aun los simples fieles han de conocer la palabra divina.

Objetará alguno que todo eso sólo se manda a los sacerdotes, y de los sacerdotes, efectivamente, estamos tratando ahora. Ciertamente que sí, pero oye cómo también les alcanza a los súbditos, pues en otra epístola exhorta a otros así: “La palabra de Cristo habite en vosotros copiosamente en toda sabiduría” (Col., 3, 16). Y otra vez: “Vuestra palabra esté siempre condimentada con la sal de la gracia, para saber cómo tenéis que responder a cada uno” (Ibid., 4, 6). Por lo demás, a todos se

ha dicho que estemos apercebidos para la defensa (I Pet., 3, 15). Escribiendo a los tesalonicenses, les dice: “Edificaos los unos a los otros, como ya lo hacéis” (Thes., 5, 11). Mas cuando habla especialmente a los sacerdotes, dice: “Los ancianos o presbíteros que desempeñan bien su cargo al frente de los demás, sean tenidos por dignos de doble honor, sobre todo los que trabajan en la palabra y en la enseñanza” (I Tim., 5, 17). En efecto, el fin último de la enseñanza es conducir a nuestros discípulos a aquella vida bienaventurada que Cristo ordeno, y esto tanto por medio de nuestras obras, como por nuestras palabras, pues no basta el solo obrar para enseñar. Y esto no lo digo yo, sino el mismo Cristo: “El que hiciere y enseñare —dice el Señor— ése será llamado grande” (mat., 5, 19). Si el mero obrar fuera enseñar, sobraba la segunda parte del dicho del Señor, pues bastaba con decir: “El que hiciere”, sin más. Al distinguir las dos cosas, danos a entender que en la edificación de las almas tienen su parte las obras, y la suya las palabras, y para que sea cabal esa edificación, las obras necesitan de las palabras y las palabras de las obras.

Anden a la par obras y palabras.

¿O es que no oíste nunca lo que dice aquel vaso de elección a los ancianos de Efeso: “Por eso, vigilad, recordando que por tres años ni de día ni de noche cesé de amonestaros con lágrimas a cada uno de vosotros” (Act. 20, 31). ¿Qué necesidad había de lágrimas ni de amonestaciones de palabra, cuando de tan maravilloso modo resplandecía su vida apostólica? Acaso tratándose sólo de la guarda de los mandamientos, el ejemplo de esta vida pudiera ayudarnos en gran parte; y digo en gran parte, porque ni aun en este caso me atrevería yo a afirmar que el ejemplo lo puede conseguir todo. Mas cuando son los dogmas los que se debaten, y cada bando toma sus argumentos de las mismas Escrituras, ¿qué fuerza puede tener aquí el ejemplo de la vida? ¿De qué aprovecha sudar mucho, si después de tantos trabajos, por su impericia cae uno en herejías y se desgarrar del cuerpo de la Iglesia, com yo sé que ha sucedido a muchos? ¿De qué aprovecha a los tales toda su paciencia? De nada. Lo mismo que de nada aprovecha la sana fe, si la vida se estraga. Por todas estas causas, el que recibe cargo de enseñar a los otros ha de ser muy diestro en todos estos combates. Porque, aun dado caso que él se mantenga firme y

seguro, sin que le afecten los ataques de los contradictores, sin embargo, la muchedumbre de los débiles a él encomendados, si ve que su guía es vencido y no sabe contestar a sus contradictores, no achacan la derrota a flaqueza suya, sino a debilidad de los dogmas mismos; y de este modo la impericia de uno solo puede conducir a la última ruina a todo un pueblo. Y aun dado caso que no todos se pasen al bando de los contrarios, por lo menos se ven forzados a dudar de aquellos en quienes debían confiar, y ya no pueden acercarse con la misma firmeza a quienes antes acudían con fe inquebrantable. Finalmente, tal tormenta se desencadena en sus almas por la derrota de su maestro, que terminan por naufragar miserablemente en la fe. Mas qué perdición, qué cantidad de fuego eterno se acumula sobre la cabeza de aquel desgraciado que es causa de la ruina de cada una de estas almas, no tengo por qué explicártelo yo, como quiera que tú lo sabes perfectamente. Y ahora, por lo que a mí se refiere, ¿podrá llamarse soberbia, podrá llamarse vanagloria que no quisiera ser yo culpable de la perdición de tantas almas y acarrearle mayor castigo en la otra vida del que ya merezco por mis propios pecados? ¿Quién osará decir tal cosa? Nadie, si no es que tiene gusto en criticar por criticar y alardee de filósofo en las desgracias ajenas.

LIBRO QUINTO

Sobre el Sacerdocio

El ministerio de la palabra.

Bastantemente creo haberte demostrado de cuánta experiencia tenga necesidad el maestro para salir airoso en las luchas por la verdad; pero me queda aún por decir otra cosa que es fuente de innumerables peligros. O digamos más exactamente, no es la cosa en sí la causa de los peligros, sino los que no la saben usar debidamente; puesto que ella de suyo, como halle hombres diligentes y buenos que la administren, a la salvación de las almas se ordena y bienes copiosos produce. ¿Qué cosa sea ésta? El mucho trabajo que requieren aquellas instrucciones que se tienen al pueblo en común. Porque, en primer lugar, la mayor parte de los súbditos no se resignan a escuchar a los que les hablan con la disposición de ánimo con que se oye a un maestro, sino que saliéndose del puesto de discípulos, toman la actitud de espectadores, como en cualquier certamen o representación profana. Y lo mismo que en el teatro se divide la multitud, y unos están por unos actores y otros por otros, así exactamente se dividen también los oyentes en la iglesia y unos gustan de un orador y otros de otro, y sólo se escucha por amistad o enemistad de los que hablan. Ni para la cosa ahí, sino que hay algo peor todavía. Porque si por azar sucede que un orador se apropia algo que otro compuso y lo zurce en sus discursos, ya puede prepararse a sufrir vituperios mayores que si fuera ladrón de oficio. Y aun muchas veces, sin tomar nada, sino sólo por mera sospecha, se le vitupera como si fuera convicto de robo. Mas ¿qué digo de lo que otros componen? Ni de sus propios hallazgos le es lícito valerse con demasiada frecuencia. Y es que la gente

está acostumbrada a oír, no para aprovecharse, sino para divertirse, como si se sentaran a dictaminar sobre representantes de una tragedia o músicos de cítara. Y aquella fuerza de la palabra, de que poco ha decíamos, resulta aquí tan deseable como pueda serlo a los sofistas, cuando tienen que entablar entre sí pública disputa.

No guíe el pueblo al sacerdote, sino el sacerdote al pueblo, en el ministerio de la palabra.

Requíérese, pues, también aquí un alma generosa, que ciertamente sobrepasa mi propia pequeñez, a fin de refrenar ese gusto desordenado y dañoso del vulgo, y enseñarle a oír la palabra de Dios con más provecho, de modo que sea el pueblo quien siga y ceda al sacerdote, y no el sacerdote quien se deje arrastrar por los gustos del pueblo. Mas esto sólo se puede alcanzar con estas dos condiciones, a saber: desprecio de las alabanzas y facilidad en el hablar. Una cualquiera que falte, invalida a la compañera. Porque si uno desprecia las alabanzas y no sabe presentar la doctrina condimentada con la gracia y la sal del bien decir, es despreciado por la muchedumbre y nada consigue con toda aquella magnanimidad suya. Y al revés, si en punto a bien hablar nada deja que desear, pero por otra parte le domina la vanagloria y aura popular, viénese a parar en el mismo daño para sí y para los oyentes; pues ambicionando sus aplausos, les hablará antes para darles gusto que para aprovecharles. En conclusión, uno no sufre pasión de gloria y alabanza, pero no sabe hablar. Este tal no condescenderá con los gustos de la muchedumbre, pero tampoco conseguirá fruto digno de cuenta por su incapacidad en el hablar; otro es arrastrado por su pasión de alabanzas y posee talento para mejorar a los demás con su palabra; mas como bebe los vientos por el ruido de los aplausos, en lugar de hablar para mejorar a sus oyentes, hablará sólo para recrearlos. Así, pues, el perfecto prelado debe estar adornado de ambas cualidades, desprecio de alabanzas y facilidad de palabra, a fin de que no se estorbe la una a la otra. Porque si se levanta a hablar y dice cosas que pueden herir a los que viven flojamente y llega un momento en que se trabuca y queda cortado y le salen los colores a la cara por su cortedad de palabra, en el mismo punto se escurre como agua todo el fruto de lo dicho. Porque los que se sienten molestados por la reprensión, ya que no pueden vengarse de otro modo, le cargan de burlas

por su ignorancia, creyendo que así tapan ellos su propia deshonra. Por eso, como diestro auriga, debe el prelado llegar a la perfección en estas dos excelentes cualidades, para poder manejarlas ambas para lo que convenga. Porque cierto es que si él fuere irreprochable en todo, podrá, con cuanta libertad quisiere, apretar o aflojar en el gobierno de sus súbditos; mas hasta conseguir aquella perfección, la cosa no es muy hacedera.

Desprecio de la envidia.

Mas no debe sólo el sacerdote mostrar aquella magnanimidad que decíamos en el desprecio de las alabanzas, sino que ha de ir más allá, no sea que otra vez se malogre todo el fruto de su trabajo. ¿Pues qué otra cosa tiene que despreciar? ¡La envidia y ojeriza de los demás! No hay más remedio sino que el prelado tenga que sufrir críticas sin razón. Ahora bien, ni hay que temer desmesuradamente y echarse a temblar por tales acusaciones intempestivas, ni es bien tampoco desdeñarlas sin más ni más. Nada hay, en efecto, que así ponga y quite fama como el vulgo descompuesto, que acostumbrado como está a oírlo todo sin pararse a averiguar la verdad, y propalar cuanto oye, habla inconsiderablemente cuanto le viene a la boca, sin preocuparse para nada de la verdad. Por eso, no hay que desdeñar a la muchedumbre, sino tratar de cortar, apenas surgen, las malas sospechas, procurando persuadir a los que nos acusan, por más irrazonables que sean. En fin, no omitir nada que pueda desvanecer cualquier opinión desfavorable. Mas si haciendo nosotros lo que está en nuestra mano, no quisieren los acusadores convencerse de nuestra inocencia, entonces es caso de despreciarlos de todo punto. Porque si se deja uno abatir por trances semejantes, no hay manera de llevar a cabo obra alguna generosa y grande, pues el desánimo y constantes preocupaciones de la opinión ajena son capaces de echar por tierra toda la energía del alma y reducirla a la más absoluta impotencia.

El pueblo es un niño.

Así, pues, debe el sacerdote portarse en este punto con sus súbditos como un padre con sus hijos chiquitos. Si los niños nos insultan o

nos pegan o lloran, no le damos demasiada importancia; mas tampoco nos engreímos si nos sonríen o juegan con nosotros. De la misma manera ha de haberse el sacerdote con el pueblo: Ni ha de engreírse con las alabanzas ni abatirse por las censuras, cuando éstas son fuera de razón.

La dificultad de la indiferencia a la alabanza y a la crítica.

Mas no cabe duda de que esto es difícil, amigo mío, y quizá, en mi opinión, imposible. Porque eso de no alegrarse de ser alabado, yo no sé haya habido algún hombre que lo haya conseguido. Ahora bien, el que se alegra con las alabanzas, natural es que desee gozar de ellas, y el que a todo trance desea gozarlas, forzoso es que, si no las alcanza, se entristezca y acongoje y abata. Pasa lo mismo que con los que gozan de riquezas, que se exasperan si vienen a caer en la pobreza, y con los que están hechos a la vida muelle, que no saben sufrir la frugalidad, así, los que aman ser alabados consumen su alma con un hambre insaciable y no sólo sufren cuando se los vitupera sin motivo, sino cuando no se los alaba continuamente. Sobre todo, si son gentes que se han criado entre halagos u oyen alabar a otros. Ahora bien el que dominado por este deseo de alabanzas entrare en el combate de la enseñanza, ¡qué de trabajos y qué de sinsabores no tendrá que aguantar! Pues como el mar no puede estar sin olas, así tampoco el alma del ambicioso sin afanes y tristezas.

El orador se hace.

Porque supongamos que esté dotado de gran facilidad de palabra, cosa, por lo demás, que no se da en muchos; no piense, sin embargo, que ha de verse por eso libre de trabajo continuo. Porque como quiera que la elocuencia es obra de estudio y que no da de suyo la naturaleza, aun cuando uno hubiera llegado a la cumbre de ella, si no la cultiva y ejercita con mucho empeño y sin interrupción, llega un momento en que aquella facilidad le abandona. De suerte que a los más hábiles se les exige más trabajo que a los más ineptos, pues no es el mismo el daño que unos y otros sufren, caso de descuidarse en la preparación, sino tanto mayor cuanto es la diferencia entre la pericia

del uno y la impericia del otro. A los imperitos en el hablar, nadie les echa ya en cara que no digan cosa que valga la pena; mas a los famosos oradores, si no ofrecen algo que supere la opinión que se tiene de ellos, todo el mundo se cree con derecho a acusarlos. Además, aquellos, por un pequeño acierto, reciben grandes elogios; mas éstos, si no dicen cosas de todo punto admirables y sorprendentemente, no sólo reciben elogios, sino que cae sobre ellos un enjambre de criticones. Porque los oyentes no se sientan a juzgar lo que se dice, sino a ver si corresponde a la opinión del que lo dice. De manera que quien descuelle por su elocuencia, ése es el que tiene que esmerarse más en el trabajo, pues ni siquiera le vale lo que a toda humana condición es concedido; a saber, que no es posible que un hombre lo alcance todo. No, señor, sino que si lo que dice no concuerda con su fama, se ha de marchar a casa con un chaparrón de vituperios y burlas de la gente. Nadie se para a considerar que pudo sobrevenirle una repentina tristeza, una angustia de ánimo, una preocupación, y hasta muchas veces un enfado que le oscureció la claridad de su mente y no le permitió expresar sus pensamientos y sentimientos tal como los concibiera; en fin, que, en todo caso, es un hombre y que no puede ser igual en todo ni en todo tener el mismo acierto, sino que es natural que en algo hierre y quede por bajo de su propio talento. Nada de esto, como digo, quiere considerar la gente, sino que censuran al orador como si juzgaran a un ángel. Y es que ya de suyo el hombre tiende por naturaleza a desdeñar los méritos del prójimo, por muchos y grandes que sean; mas ¡ay si aparece un defecto!, ya puede ser leve, ya puede haber pasado tiempo desde que se cometió; no hay peligro que pase inadvertido, que no se ensañen sobre él ni que se olvide jamás. Y es lo bueno que este solo defectillo menoscaba la gloria de muchos y grandes méritos.

Los ataques de la envidia.

Ya ves, pues, oh noble amigo mío, que es precisamente el mejor dotado para la elocuencia el que necesita de más empeño y estudio, y sobre estudio y empeño, de una cantidad de paciencia como no necesitan todos juntos los que antes dije. Porque muchos son, en efecto, los que constantemente le atacan, sin razón ni propósito, y ya que no tengan otro cargo que hacerle, le aborrecen por la reputación que goza

entre todos. Y no hay otro remedio que afrontar generosamente la amarga envidia de toda esa gente. Son gente, en efecto, que no sabe ocultar el odio execrable que van acumulando sin motivo en sus pechos, y unas veces injurian, critican y calumnian a sombra de tejado, y otras sale su maldad a pública plaza. Ahora bien, el alma que se sienta y exaspere por todas estas cosas, no tardará en consumirse totalmente por la tristeza. Porque ese linaje de envidiosos no sólo atacan por sí mismos, sino que tratan de valerse de otros para su intento. Toman, por ejemplo —y es frecuente— a un infeliz absolutamente incapaz para la elocuencia y con sus alabanzas le levantan por las nubes y le admiran muy sobre sus méritos: Unos por pura sandez, otros por ignorancia a par que por envidia, no precisamente para presentar como digno de admiración al que no lo es, sino para destruir la fama del que realmente la merece.

El vulgo es necio.

Y menos mal si sólo contra los envidiosos tuviera que luchar el hombre generoso; muchas ocasiones hay en que tendrá que habérselas con la ignorancia de todo un pueblo. Porque no es posible que los que se reúnen en la Iglesia sean todos gente letrada, sino que la concurrencia se compone de vulgo ignorante. Queda, es cierto, una porción más inteligente que el vulgo; mas estos mismos distan tanto de poder emitir un juicio cabal en materia de elocuencia, cuanto el vulgo dista de ellos en todo lo demás; y apenas si habrá uno o dos que puedan apreciar el mérito del orador. De donde resulta, que el que mejor habla, se lleva menos aplausos y hasta habrá veces que ni se le tribute un elogio. para todos estos percances hay que llevar el ánimo generosamente apercebido, y a los que así obran por ignorancia, perdonarlos; a los que por envidia, compadecerlos, como miserables y desgraciados; mas ni por unos ni por otros, creer que nuestra elocuencia sufrió menoscabo de ninguna clase.

El artista, juez de sí mismo.

Si un pintor excelente, que supera a todos los otros en su arte, viera que un corro de ignorantes en pintura se burlaba de una imagen

suya primorosamente trabajada, no por eso se dejaría abatir de ánimo, ni por dictamen de necios tendría por mala su obra; como tampoco juzgará por maravilla insuperable una obra realmente mala, por el solo hecho de que unos zafios se pasmen delante de ella. Sea el óptimo artífice juez de sus propias creaciones y no otra sea la regla para clasificarlas en buenas o malas, sino la misma inteligencia que las creó. Ella solo puede dar voto en pro o en contra, sin tomar para nada en consideración la opinión de los profanos, errada y ajeno al arte. Pues de la misma manera, el que entra en esa palestra de la enseñanza de la doctrina divina no atienda para nada a las aprobaciones y aplausos de los profanos ni se abata de ánimo, si faltaren. Tenga por sola regla y juez de sus discursos el agradar a Dios y conforme a ellos trabájelos; y no, los aplausos y aclamaciones. Si sobre agradar a Dios, también los hombres le alaban, no rechace sus elogios; mas si no se los dan ni los busque ni se acongoje por ellos, pues bastante consuelo de sus trabajos —y cierto, mayor que ningún otro— ha de ser el testimonio de su conciencia de haber compuesto su discurso para agradar a Dios y haber acomodado a este solo fin su enseñanza. ¡Dios se libre de dejarse llevar del deseo de las necias alabanzas, pues en esos caso, ningún provecho sacará de sus trabajos y de nada le servirá toda su elocuencia, porque no pudiendo soportar las críticas majaderas del vulgo, se afloja el alma y termina por abandonar todo empeño y cuidado en el bien decir. En conclusión, el desprecio de las alabanzas es lo primero y principal en que debemos estar amaestrados. Porque no basta saber hablar bien; si nos falta ese desprecio de las alabanzas, nos sera imposible conservar la misma elocuencia.

El que no es orador no ambicione la gloria del orador.

Mas examinemos ahora el caso del que no posee cualidades oratorias y hallaremos que no necesita éste menos que el que está dotado de ellas del menosprecio de las alabanzas. En efecto, si se deja arrastrar del amor al aplauso del vulgo, forzosamente cometerá muchos pecados. Porque no pudiendo igualarse a los famosos oradores, no vacilará en armarles acechanzas, se consumirá de envidia, criticará sin motivo, cometerá, en fin, mil villanías por el estilo. A todo se abalará, aun a la pérdida de su propia alma, a trueque de rebajar la gloria de sus rivales al nivel de su propia vileza e ineptitud. Por lo demás, pronto se cansará de trabajar y sudar, como si por toda su alma se le

esparciera un sopor. Porque eso de trabajar mucho para cosechar alabanzas, y apenas recibir ninguna, cosa es de suyo bastante para derrocar y sumergir en profundo sueño al que no tiene valor de despreciar toda alabanza. Mucho amor tiene que tener al oficio o muy grave e inminente ha de ser la amenaza de hambre para el labrador que cultiva un terrero estéril y tiene que labrar entre piedras, para no cansarse muy pronto del trabajo. Porque si aun los muy dotados de facilidad de palabra necesitan de constante ejercicio para conservarla, ¿qué dificultad, qué alboroto, qué turbación no tendrá que sufrir el que carece en absoluto del don de la palabra y en el momento mismo de aparecer en público necesita estar estudiando? Y todo, para con mucho trabajo no conseguir apenas nada. Pues no digamos si el que así brilla en elocuencia es uno de sus súbditos y que ocupa grado inferior en la jerarquía: Alma divina se requiere en este caso para no ser presa de la envidia ni dejarse abatir por la tristeza. Porque, en efecto, verse uno sobrepujado por los que están debajo de él en dignidad y sobrellevarlo generosamente, hazaña es de alma no vulgar, y ciertamente, no de la mía, sino de alguna que está fabricada de puro diamante. Y menos mal, si el que así brilla y es reputado se muestra modesto y se contiene en los límites de la templanza. La cosa, al fin, resulta llevadera. Mas si le da por ser descarado, arrogante y vanidoso, el pobre superior envidioso bien puede suplicar cada día al Señor que le mande la muerte, pues el otro le vuelve tan amarga la vida, insultándole públicamente, mofándose en secreto de él, arrogándose mucho de su autoridad, queriendo, en fin, serlo él todo. Y para todas estas insolencias, escúdase magníficamente en la libertad que tiene en el hablar, en el interés que por él muestra la muchedumbre, en el amor que se ha captado entre todos los súbditos.

La fiebre de la elocuencia.

¿O es que ignoras la fiebre por los discursos que se ha apoderado ahora de las almas de los cristianos, y que los que cultivan la elocuencia son los que reciben honores sobre todos los demás, no sólo entre los paganos, sino entre los mismos hermanos en la fe? Sube el superior a hablar y todos callan y creen que se los molesta y están esperando el final del discurso como un respiro en el tormento; mas pronuncia el otro un larguísimo discurso y se le oye con interés, sienten que vaya a terminar y se enfadan de que al fin se calle. ¿Quién habrá,

dime, capaz de sufrir ese bochorno? Todo esto te parecerá ahora que no tiene importancia y que son cosas fáciles de despreciar. Ya se ve que no tienes experiencia. La verdad es que son cosas que bastan a apagar todo entusiasmo y paralizar las fuerzas del alma, si no está uno muy desprendido de todas las pasiones humanas y procura hacerse semejante a aquellas incorpóreas potestades, que no pueden ser atacadas ni de envidia, ni de amor a la gloria ni otra ninguna enfermedad del ánimo. Si hay, pues, entre los hombres quien sea capaz de pisotear ese monstruo invencible, indomable y feroz que es la opinión del vulgo; si hay quien pueda cortarle sus mil cabezas, o mejor aún, quien no se las deje nacer desde el principio, ese podrá fácilmente rechazar todos esos ataques y gozar de la paz de un tranquilo puerto. mas el que de esa pasión no estuviere libre, múltiple guerra le apareja a su alma, continuo tormento, tropel de tristeza y de todos los demás sufrimientos. ¿A qué enumerar todas las demás dificultades que sólo pudiera saber y explicar el que ha pasado por ellas?

LIBRO SEXTO

Sobre el Sacerdocio.

La cuenta de los pecados ajenos.

Lo que el sacerdote ha de sufrir en la tierra, tal es como lo acabas de oír. Mas ¿cómo soportaremos lo que en la otra vida nos espera, cuando se nos pidiera cuenta de cada una de las almas que se nos encomendaron? Porque no termina el daño con que salgamos avergonzados del tribunal, sino que a la vergüenza se sigue castigo eterno. Aquello del Apóstol: “Obedeced a vuestros superiores y estad sumisos a ellos, pues ellos velan por vuestras almas como quienes han de dar cuenta de ellas” (Hebr., 13, 17), aunque ya lo toqué arriba, no quiero, sin embargo, pasarlo aquí en silencio, pues el temor de esta amenaza estremece mi alma continuamente. Porque si al que escandaliza a uno solo, al más pequeño, le valiera más colgarle una piedra de molino al cuello y hundirlo en el mar (Mat., 18, 6); si todos los que hieren la conciencia de sus hermanos pecan contra el mismo Cristo (I Cor., 8, 12), ¿qué castigo habrán de sufrir, qué pena merecerán los que son causa de la perdición no de uno sólo, no de dos ni de tres, sino de muchedumbres enteras? Porque no valdrá aquí alegar inexperiencia, ni refugiarse en la ignorancia, ni pretextar fuerza y violencia que se nos hiciera. Los súbditos, en todo caso, pudieran alegar algunos de esos pretextos en sus propios pecados con más visos de razón que los prelados. ¿Por qué? Muy sencillo: Porque si alguien no puede alegar ignorancia, es el que estaba puesto para corregir la ignorancia de los demás; y si alguien no puede decir que no oyó la trompeta ni que se acercaba el enemigo, es el que tiene por oficio dar la señal de alarma en la guerra contra el diablo y tocar la trompeta para el combate. Para eso sólo estaba allí sentado, dice Ezequiel (33,3), para tocar la